

la gente, que de gozo en sí no cabe,  
por la ribera de un arroyo claro  
en juntas y corrillos derramada,  
celebran de beber la fiesta usada.

Algún tiempo pasaron después desto  
antes que el gran Senado fuese junto,  
tratando en su jornada y presupuesto  
desde el principio al fin sin faltar punto;  
pero al término justo y plazo puesto  
llegó la demás gente y todo a punto,  
los principales hombres de la tierra  
entraron en consulta a uso de guerra.

Llevaba el General aquel vestido  
con que Valdivia ante él fue presentado:  
era de verde y púrpura tejido  
con rica plata y oro recamado,  
un peto fuerte, en buena guerra habido,  
de fina pasta y temple relevado,  
la celada de claro y limpio acero  
y un mundo de esmeralda por cimero. 7

Todos los capitanes señalados  
a la española usanza se vestían;  
la gente del común y los soldados  
se visten del despojo que traían;  
calzas, jubones, cueros desgarrados,  
en gran estima y precio se tenían:  
por inútil y bajo se juzgaba  
el que español despojo no llevaba.

A manera de triunfos ordenaron  
el venir a la junta así vestidos  
y en el consejo, como digo, entraron

por su costumbre antigua se sentaron  
según que por la espada eran tenidos;  
estando en gran silencio el pueblo ufano  
así soltó la voz Caupolicano:

“Bien entendido tengo yo, varones,  
para que nuestra fama se acreciente,  
que no es menester fuerza de razones  
mas sólo el apuntarlo brevemente,  
que, según vuestros fuertes corazones,  
entrar la España pienso fácilmente  
y al gran Emperador, invicto Carlo,  
al dominio araucano sujetarlo.

”Los españoles vemos que ya entienden  
el peso de las mazas barreadas 8  
pues ni en campo ni en muro nos atienden:  
sabemos cómo cortan sus espadas  
y cuán poco las mallas los defienden  
del corte de las hachas aceradas;  
si sus picas son largas y fornidas  
con las vuestras han sido ya medidas.

”De vuestro intento asegurarme quiero  
pues estoy del valor tan satisfecho,  
que gruesos muros de templado acero  
allanaréis, poniéndoles el pecho;  
con esta confianza, el delantero  
seguiré vuestro bando y el derecho  
que tenéis de ganar la fuerte España  
y conquistar del mundo la campaña.

”La deidad desta gente entenderemos  
y si del alto cielo cristalino  
decide como dice, abismos

su género y linaje asolaremos,  
que no bastará ejército divino  
ni divino poder, esfuerzo y arte  
si todos nos hacemos a una parte.

“En fin, fuertes guerreros, como digo,  
no puede mi intención más declararse:  
aquel que me quisiere por amigo  
a tiempo está que puede señalarse.  
Ténganme desde aquí por enemigo  
el que quisiere a paces arrimarse.”  
Aquí dio fin, y su intención propuesta,  
esperaba sereno la respuesta.

Ceja no se movió y aun el aliento  
apenas al espíritu halló vía  
mientras duró el soberbio parlamento  
que el gran Caupolicano les hacía.  
Hubo en el responder el cumplimiento  
y ceremonia usada en cortesía:  
a Lautaro tocaba, y escusado,  
Lincoya así responde levantado:

“Señor: Yo no me he visto tan gozoso  
después que en este triste mundo vivo  
como en ver manifiesto el valeroso  
ánimo dese invicto pecho altivo  
y así, por pensamiento tan glorioso,  
me ofrezco por tu siervo y tu captivo,  
que no quiero ser rey del cielo y tierra  
si hubiese de acabarse aquí la guerra.

“Y en testimonio desto yo te juro  
de te seguir y acompañar de hecho,  
ni por áspero caso, adverso y duro

20

antes que la palabra acreditada  
de un hombre como yo por prenda dada.”

Así dijo; y tras él, aunque rogado,  
el buen Peteguelén, curaca<sup>9</sup> anciano,  
de condición muy áspera enojado  
pero afable en la paz, fácil y humano;  
viejo, enjuto, dispuesto, bien trazado,  
señor de aquel hermoso y fértil llano,  
con espaciosa voz y grave gesto  
propuso en sus razones sabias esto:

“Fuerte varón y capitán perfeto,  
no dejaré de ser el delantero  
a probar la fineza deste peto  
y si mi hacha rompe el fino acero;  
mas, como quien lo entiende, te prometo  
que falta por hacer mucho primero  
que salgan españoles desta tierra,  
cuanto más ir a España a mover guerra.

25

“Bien será que, señor, nos contentemos  
con lo que nos dejaron los pasados  
y a nuestros enemigos desterrados  
que están en lo más dello apoderados;  
después por el suceso entenderemos  
mejor el disponer de nuestros hados.  
Esto a mí me parece y quien quisiere  
proponga otra razón, si mejor fuere.”

Callando este cacique, se adelanta  
Tucapelo de cólera encendido,  
y sin respeto así la voz levanta,  
con un tono soberbio y atrevido

y no quiero por hombre ser tenido  
si solo no arruino a los cristianos  
ahora sean divinos, ahora <sup>10</sup> humanos.

”Pues lanzarlos de Chile y destruirlos  
no será para mí bastante guerra  
que pienso, si me esperan, confundirlos  
en el profundo centro de la tierra;  
y si huyen, mi maza ha de seguirlos  
que es la que deste mundo los destierra;  
por eso no nos ponga nadie miedo  
que aun no haré en hacerlo lo que puedo.

”Y por mi diestro brazo os aseguro,  
si la maza dos años me sustenta,  
a despecho del cielo, a hierro puro,  
de dar desto descargo y buena cuenta  
y no dejar de España enhiesto muro;  
y aun el ánimo a más se me acrecienta,  
que después que allanare el ancho suelo  
a guerra incitaré al supremo cielo.

”Que no son hados, es pura flaqueza  
la que nos pone estorbos y embarazos;  
pensar que haya fortuna es gran simpleza:  
la fortuna es la fuerza de los brazos.

La máquina del cielo y fortaleza  
vendrá primero abajo hecha pedazos  
que Tucapel en esta y otra empresa  
falte un mínimo punto en <sup>11</sup> su promesa.”

Peteguelén, la vieja sangre fría  
se le encendió de rabia y levantado  
le dice: “¡Oh arrogante!, ¡la osadía

sin discreción jamás fue de esforzado...!”  
Pero Caupolicán, que conocía  
del viejo a tiempo el ánimo arrojado,  
con discreción le ataja las razones  
haciendo proponer a otros varones.

Purén se ofrece allí y Angol se ofrece  
no con menor braveza y desatiento;  
Ongolmo no quedó, según parece,  
de mostrar su soberbio pensamiento;  
del uno en otro multiplica y crece  
el número en el mismo ofrecimiento.  
Colocolo, que atento estaba a todo,  
sacó la voz, diciendo deste modo:

“La verde edad os lleva a ser furiosos,  
¡oh hijos!, y nosotros los ancianos  
no somos en el mundo provechosos  
más de para decir consejos sanos,  
que no nos ciegan humos vaporosos  
del juvenil hervor y años lozanos;  
y así como más libres, entendemos  
lo que siendo mancebos no podemos.

”Vosotros, capitanes esforzados,  
de sola una vitoria envanecidos,  
estáis de tal manera levantados  
que os parecen ya pocos los nacidos.  
Templad, templad los pechos alterados  
y esos vanos esfuerzos mal regidos;  
no hagáis de españoles tal desprecio  
que no venden sus vidas a mal precio.

”Si dos veces por dicha los vencistes

En el licúreo <sup>12</sup> campo ya lo vistes  
 lo que solos catorce allí hicieron;  
 no será poco hecho y buen partido  
 cobrar la tierra y crédito perdido.

”Debemos procurar con seso y arte  
 redemir nuestra patria y libertarnos,  
 dando a vuestras bravezas menos parte  
 pues más pueden dañar que aprovecharnos.  
 ¡Oh hijo de Leocán!, quiero avisarte  
 si quieres como sabio gobernarnos,  
 que temples esta furia y con maduro  
 seso pongas remedio en lo futuro.

”El consejo más sano y conveniente  
 es que, el campo en tres bandas repartido,  
 a un tiempo, aunque por parte diferente,  
 dé sobre el Cautén, pueblo aborrecido;  
 bien que esté en su defensa buena gente,  
 es poca; y este asiento destruido,  
 Valdivia de allanar fácil sería  
 pues no alcanza arcabuz ni artillería.

”Sólo a mí Santiago me da pena  
 pero modo a su tiempo buscaremos  
 para poderla entrar y la Serena  
 fácilmente después la allanaremos. <sup>13</sup>  
 Aunque sujeto a lo que el hado ordena  
 es el mejor camino que tenemos.”  
 Acabando con esto el sabio viejo  
 a muchos pareció bien su consejo.

Tras éste, otro curaca hechicero  
 de la veiez decrénta immedido

*El negro ajie*

(Puchecalco se llama el agorero,  
 por sabio en los pronósticos tenido),  
 con profundo suspiro, íntimo y fiero  
 comienza así a decir entrustecido:  
 “Al negro Eponamón doy por testigo  
 de lo que siempre he dicho y ahora digo:

por un término breve se os concede  
 la libertad y habéis lo más gozado;  
 mudarse esta sentencia ya no puede,  
 que está por las estrellas ordenado  
 y que Fortuna en vuestro daño ruede;  
 mirad que os llama ya el preciso hado  
 a dura sujeción y trances fuertes,  
 repárense a lo menos tantas muertes.

(40)

”El aire de señales anda lleno  
 y las noturnas aves van turbando  
 con sordo vuelo el claro día sereno,  
 mil prodigios funestos anunciando;  
 las plantas con sobrado humor terreno  
 se van, sin producir fruto, secando;  
 las estrellas, la luna, el sol lo afirman,  
 cien mil agujeros tristes lo confirman. <sup>14</sup>

”Mírolo todo y todo contemplando,  
 no sé en qué pueda yo esperar consuelo,  
 que de su espada el Orión <sup>15</sup> armado  
 con gran ruina ya amenaza el suelo;  
 Júpiter se ha al ocaso retirado;  
 sólo Marte sangriento posee el cielo  
 que, denotando la futura guerra,  
 enciende un fuego bélico en la tierra.

”Ya la furiosa Muerte irreparable  
viene a nosotros con airada diestra  
y la amiga Fortuna favorable  
con diferente rostro se nos muestra;  
y Eponamón horrendo y espantable,  
envuelto en la caliente sangre nuestra,  
la corva garra tiende, el cerro <sup>16</sup> yerto,  
llevándonos al no sabido puerto.”

Tucapel, que de rabia reventando  
estaba oyendo al viejo, más no atiende,  
que dice: “Yo veré si adivinando,  
de mi maza este necio se defiende.”  
Diciendo esto y la maza levantando,  
la derriba sobre él y así lo tiende,  
que jamás midió curso de planeta  
ni fue más adivino ni profeta.

Quedóle desto el brazo tan sabroso  
según la muestra, que movido estuvo  
de dar tras el senado religioso  
y no sé la razón que lo detuvo.  
Caupolicán, atónito y rabioso,  
trasportada la mente un rato estuvo,  
mas vuelto en sí con voz horrible y fiera  
gritaba: “¡Capitanes!; ¡muera!; ¡muera!”

No le dio tanto gusto a aquella gente  
lo que Caupolicano le decía,  
cuanto al soberbio bárbaro impaciente  
viendo que ocasión tal se le ofrecía;  
era alto el tribunal pero el valiente  
los hace saltar dél tan a porfia,  
que ciento y treinta que eran, en un punto  
saltan los ciento y él tras ellos junto

45

Los que en el alto tribunal quedaron  
son los en esta historia señalados,  
que jamás de su asiento se mudaron  
de donde lo miraban sosegados;  
que de ver uno solo no curaron  
mostrarse por tan poco alborotados,  
aunque los que saltaron de tan alto  
en menos estimaron aquel salto.

Cubierto Tucapel de fina malla,  
saltó como un ligero y suelto pardo <sup>17</sup>  
en medio de la tímida canalla;  
haciendo plaza <sup>18</sup> el bárbaro gallardo,  
con silbos, <sup>19</sup> grita, en desigual batalla,  
con piedra, palo, flecha, lanza y dardo  
le persigue la gente de manera  
como si fuera toro o brava fiera.

Según suele jugar por gran destreza  
el liviano montante <sup>20</sup> un buen maestro,  
hiriendo con estraña ligereza  
delante, atrás, a diestro y a siniestro,  
con más desenvoltura y más presteza  
mostrándose en los golpes fuerte y diestro,  
el fiero Tucapel en la pelea  
con la pesada maza se rodea.

De tullir y mancar no se contenta  
ni para contentarse esto le basta;  
sólo de aquellos tristes hace cuenta  
que su maza los hace torta o pasta.  
Rompe, magulla, muele y atormenta,

50

<sup>17</sup> pardo ‘leopardo’ (Aut.); para la pareja de sinónimos v. II, nota 93; suelto, cf. I, nota 22, y adjetivación similar en X, 43, 2.